

# *Intelectuales y política: la “nueva generación” en los primeros años de la Reforma Universitaria\**

Karina Vasquez

Universidad Nacional de Quilmes

Podría considerarse que hacia 1914 comienza a emerger un escenario caracterizado por circunstancias nacionales e internacionales enteramente novedosas: en el ámbito local, el ascenso del yrigoyenismo y el ocaso del predominio político de los grupos entonces gobernantes; en el ámbito internacional, acontecimientos tales como la guerra de 1914 y la revolución rusa de 1917 van a contribuir a desatar dudas en torno a creencias que, sólidamente instaladas en el período anterior, se habían constituido como premisas básicas de la élite intelectual y política argentina. Así, todavía en octubre de 1914, en el primer número de una revista que aún participaba del entusiasmo por las consignas positivistas, Juan José Benítez podía manifestar: “Mientras allende los mares se debate por hegemonías imposibles, el resto del mundo contempla con admiración en esta hora suprema, a la República Argentina, anotando en su calenda heroica con buril de gloria, un año más de libertad y progreso”.<sup>1</sup> Pero en los años que siguen no tardarán en hacerse oír voces que van a poner de manifiesto la fractura de esta representación. En efecto, pronto no tardará en advertirse que esa senda de “libertad y progreso” no puede ser imaginada inalterada cuando todo el contexto internacional en que se había sostenido aparece profundamente trastocado. La Gran Guerra hizo evidente para muchos de sus contemporáneos “el derrumbe de la civilización occidental del siglo XIX”,<sup>2</sup> pero este derrumbe se va a conjugar con la apertura de nuevos horizontes teóricos y prácticos, a los cuales los intelectuales argentinos no permanecerán indiferentes. Y si éstos marcaron la reflexión que, por aquellos años, sostuvieron figuras reconocidas, como Ingenieros o Lugones, la exploración, desarrollo y discusión de estas nuevas propuestas fue asumida como un terreno propio por jóvenes intelectuales que, a la conquista de un espacio en el campo intelectual, elaboraron estrategias de diferenciación de la generación precedente buscando situar sus propias intervenciones en los contornos delineados por aquella otra gran ruptura que constituyó la guerra.

\* Este artículo surgió a partir de la reelaboración de una ponencia presentada en el Simposio de Historia Intelectual “Representaciones Intelectuales de la Nación”, realizado en las VII Jornadas Interescuelas. Agradezco las sugerencias, en especial de Oscar Terán, Carlos Altamirano, Adrián Gorelik, Jorge Myers, Elías Paltí, Alejandro Blanco y Fernando Rodríguez.

<sup>1</sup> Juan José Benítez, “Pensamiento”, en *Ética. Órgano del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de la Plata*, año 1, No. 1, 1914.

<sup>2</sup> Cf. Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 16 y ss.

Ahora bien, si ya en 1917 es posible encontrar en los jóvenes agrupados en el Colegio Novocentista la tímida afirmación de una “actitud mental” propia de los “hombres de hoy –nuevos y del novecientos–”, sin duda es la Reforma Universitaria la que en 1918 aparece como la “gran gesta pública”, desde la cual estos jóvenes se proyectan como “la nueva generación americana”, título que de alguna manera será refrendado en diversas ocasiones, entre las cuales resalta aquella plasmada en la encuesta organizada por *Nosotros* en 1923.

Los discursos de la Reforma Universitaria aluden con frecuencia a un horizonte de transformaciones abierto por la guerra, hacen referencia a un tiempo en el que “se han liquidado formas sociales que durante siglos rigieron al mundo”,<sup>3</sup> reclamando una “renovación de los valores intelectuales y morales”,<sup>4</sup> una nueva orientación de la cultura, que podrá ser activada merced a la presencia de estos jóvenes en la vida pública. Este tono se expande en la década del veinte, ya que a través de artículos publicados en las numerosas revistas que surgen a la luz en aquellos años, se va a acentuar notoriamente el reconocimiento de que se trata de una empresa generacional. Además, también va a cobrar énfasis el movimiento por el cual intentan legitimarse –como aquella generación que para algunos se va a constituir en paradigma: la generación del 37– por la posesión de un acervo de ideas específico, al que en este caso particular aluden con el término “nueva sensibilidad”, sintagma introducido por Ortega y Gasset que va a aparecer, por ejemplo, tanto en los discursos de Deodoro Roca como en el “Manifiesto” de *Martín Fierro* redactado por Oliverio Girondo. Tal como ha señalado Fernando Rodríguez,<sup>5</sup> en la década del veinte, muchos de los jóvenes dispuestos a llevar a cabo una renovación de las ideas y las prácticas estéticas reconocen un pasado común en la Reforma Universitaria, una filiación que aparece explícita, por ejemplo, en el Manifiesto de *Proa* (segunda época):

Fue la guerra la que hizo posible la liberación. Empezó por conmover nuestros nervios, después provocó terribles apasionamientos y por último llegó a las esferas del espíritu oficiando de escalpelo bajo cuyo tajo seguro quedaban al descubierto los más complicados problemas de la cultura. Era tal el estridor de la hecatombe, que todos, viejos y jóvenes, vivimos durante cuatro años polarizados y absorbidos por ella; haciendo posible por primera vez en este país que una generación se formara al margen del mecanismo tutelar y de su ambiente. Pasada la tragedia fue imposible volver a tomar el ritmo perdido y el primer fruto del alumbramiento fue la reforma universitaria. Ella conmovió los viejos sillares y acabó de quebrantar las falsas disciplinas. Luego vino el florecimiento de los jóvenes que fatigaban la imaginación en buscas venturosas. Y vieron la luz cenáculos y revistas cuya fuerza pletórica rompió en la impaciencia, con incomprendimientos y con odios.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> “Manifiesto del Centro de Estudiantes de la Universidad de Derecho de Buenos Aires”, al inaugurarse los cursos de extensión Universitaria, en Cúneo, Dardo (comp.), *La Reforma Universitaria (1918-1930)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1974, p. 23.

<sup>4</sup> “Discurso del Presidente de la Federación Universitaria Argentina”, en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes (1918), en Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA), *La Reforma Universitaria (1918-1958)*, Buenos Aires, 1959, p. 50.

<sup>5</sup> Cf. Rodríguez, Fernando, “*Inicial, Sagitario y Valoraciones*. Entre las letras y la política. Juvenilismo y americanismo en la década del 20”, Ponencia presentada en las Jornadas de Historia Rioplatenses, 1995, mimeo. Véase también, del mismo autor, “*Inicial*. Revista de la nueva generación”, en *Estudios Sociales*, año V, No. 8, Santa Fe, primer semestre de 1995, pp. 46-75.

<sup>6</sup> *Proa*, año I, No. 1, Buenos Aires, agosto de 1924, p. 3

Este cuadro, que inscribe en una línea de continuidad la gran guerra, la Reforma y los nuevos emprendimientos que son llevados a cabo en el campo intelectual durante la década del veinte, junto con la persistencia de las discusiones en torno a los devenires de la Reforma en artículos, discursos y editoriales de diversas publicaciones y la reiterada afirmación de la pertenencia generacional en aquellas que se presentan como revistas de “la nueva generación”, puede sugerirnos la indudable centralidad del movimiento de la Reforma como proceso a partir del cual estos jóvenes fueron reelaborando algunos significados concernientes a la construcción de una voz intelectual en la esfera pública.

Pareciera que “los más complicados problemas de la cultura” no quedaron al descubierto tan sólo por los efectos de la guerra. Si bien las voces que llegan del exterior no dejarán de proclamar frente a este acontecimiento “el fracaso de una civilización y el fin de un mundo”,<sup>7</sup> esta conclusión será convenientemente apropiada por estos jóvenes en la medida en que también los anima a proyectarse como aquellos actores indispensables de una etapa en la que se visualiza como tarea la inmediata construcción de un orden nuevo. Así, el destino heroico de la juventud, “como la única puerta que nos queda abierta a la esperanza” –según reza el Manifiesto liminar de la Reforma Universitaria– va a ser construido como un tópico fuerte en esos años, no sólo a partir de la lectura de Rodó, desde la propuesta formulada en *El hombre mediocre* por José Ingenieros o, más en particular, desde el programa orteguiano que incluía ya en 1916 un mandato generacional que interpelaba a estos jóvenes a constituirse como una “fuerte minoría de hombres reflexivos, previsores y sabios” capaz de dotar al “yo americano” de un contenido propio.<sup>8</sup> También el horizonte abierto por la revolución rusa contribuirá a reafirmar la creencia de que la transformación de las condiciones presentes es una tarea de la juventud. De hecho, con frecuencia Rusia aparecerá como el paradigma del “pueblo joven”. Tal como dirá *Insurrexit* en 1920, retomando una entrevista publicada por la Revista *España*: si la obra de Rusia es una “doctrina que ha encarnado”, esto fue posible precisamente “por la juventud espiritual y por la creencia ciega de unos cuantos hombres escogidos”.<sup>9</sup>

Ahora bien, hay algunos indicios que nos llevan a pensar que ni la guerra –leída en esta clave de catástrofe civilizatoria– ni esa proyección mesiánica de una tarea redentora que la juventud tendría por delante bastaron por sí mismos para producir el efecto inmediato de dejar “al descubierto los principales problemas de la cultura”. Porque si la Reforma ofrecerá la plataforma desde la cual estos jóvenes se van proyectar como “la nueva generación”, planteando una voluntad de ruptura mucho más fuerte que aquella que tímidamente se insinuaba en algunos cenáculos como aquel constituido en torno al Colegio Novecentista, también es cierto que aquella “posición distinta e inequívoca ante los problemas de cultura”<sup>10</sup> que Deodoro Roca adjudicaba a su generación en 1918, más bien está lejos de aparecer tan claramen-

<sup>7</sup> Barbusse, Enrique, *El resplandor en el abismo* (trad. Ernesto Palacio y Pablo Suero), Buenos Aires, 1920, p. 5.

<sup>8</sup> Cf. Ortega y Gasset, José, *Meditaciones de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, Buenos Aires, FCE, 1996, pp. 137 y 170. Véase también Terán, Oscar, “La Reforma Universitaria en el clima de ideas de ‘la nueva sensibilidad’” en *Espacios*, Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, No. 24, Buenos Aires, No. 24, diciembre de 1998/marzo de 1999, pp. 3-7.

<sup>9</sup> Marcelino Domingo, “Una entrevista con Krassin”, en *Insurrexit*, año 1, No. I, Buenos Aires, 8 de setiembre de 1920.

<sup>10</sup> Roca, Deodoro, “La nueva generación americana”, Discurso de Clausura del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, Córdoba, 1918, en Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA); *La Reforma Universitaria (1918-1958)*, Buenos Aires, 1959, pp. 34-39.

te delineada por esos años, ante todo porque se encuentra intrínsecamente ligada a aspiraciones orientadas a una transformación total de la sociedad y la política contemporáneas.<sup>11</sup>

Estas pretensiones se estrellarán una y otra vez con circunstancias locales, harto difíciles de eludir. En primer lugar, podemos señalar aquella que da cuenta de una sociedad civil más diversificada: ha sido sugerido ya que las masas populares en nuestro país tenían por esos años una estructura más compleja que la subsistente en otras naciones latinoamericanas, por lo cual se mostraron poco proclives a aceptar el liderazgo estudiantil en el ámbito de las organizaciones políticas y sindicales.<sup>12</sup> Pero, sin duda, a este obstáculo se sumará uno mayor: aquel que remite a significativas transformaciones que se suceden en la esfera política a partir del advenimiento del radicalismo al poder. En este sentido, una rápida mirada hacia el período anterior puede ilustrar la magnitud de estos cambios. Tal como afirman Botana y Gallo, la primera década del siglo XX registró un amplio y vivaz debate intelectual que corrió paralelo al ímpetu con el que la élite dirigente consideró la necesidad de introducir reformas en el sistema, reformas que afectaban tanto a la esfera de conflictos denominada como “la cuestión social” como aquellas atinentes al ámbito político-electoral. El diálogo entre los intelectuales y aquella élite que deseaba imprimir determinado rumbo a la modernización era dinámico y fluido. Diríase que, si esa élite pretendía no dejar librada la modernización concebida a los individuos y grupos sociales, sino que confiaba más bien en la necesidad de imprimir un rumbo, de modelar a la sociedad civil a partir de una intensa acción política y legislativa, de esa acción no estuvieron excluidos quienes pretendieron iluminarla desde un saber proclamado como “científico”.<sup>13</sup> En este sentido, las trayectorias de algunos destacados intelectuales a principios de siglo –por ejemplo, Joaquín V. González, José María Ramos Mejía, el propio José Ingenieros, Ernesto Quesada– podrían sugerir la idea de que, por ese entonces, con frecuencia, el espacio de discusión de la cátedra y el del parlamento constituían un *continuum*. En 1916, ese espacio se fractura y ya seguramente pocos se van poder reconocer como aquellos que, desde el saber, diseñan un curso de acción contando con el poder como un interlocutor viable, ya que si bien en su momento de emergencia el movimiento reformista estableció algunas coincidencias con el gobierno de Yrigoyen, esas coincidencias estuvieron lejos de ser permanentes y no fueron más allá del plano estrictamente universitario.<sup>14</sup>

Ahora, en la medida en que esta empresa generacional se sostiene desde un horizonte que reclama una renovación total de las instituciones, es evidente una fuerte voluntad de intervención en el ámbito público, que trasunta en ocasiones una vocación que también se orienta hacia la política en un momento en que ésta se revelará como un ámbito poco proclive a acogerlos en su seno. Si, como recuerda Ángel Rama citando a Rodó, los escritores del 900 podían sentir que las peculiaridades de la vida sudamericana, aun a su pesar, empujaba a la política a todos aquellos que tenían una pluma en la mano,<sup>15</sup> pareciera que en el preciso instante en que

<sup>11</sup> Tal como ha sido señalado por Halperin Donghi en *Vida y muerte de la República Verdadera 1910-1930*, Buenos Aires, Ariel, 1999, p. 107.

<sup>12</sup> Cf. Halperin Donghi, Tulio, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962, cap. III: “Reforma”, pp. 104-146.

<sup>13</sup> Cf. Botana, N. y Gallo, E., “Estudio preliminar”, en *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1997, pp. 79-123.

<sup>14</sup> Cf. Halperin Donghi, T., *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, cit., p. 134.

<sup>15</sup> Cf. Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984, pp. 116-117.

ese pesar se esfuma, estos jóvenes van a descubrir que ya la burocracia no necesita su saber como técnicos, ni los partidos políticos existentes se muestran interesados en su papel de ideólogos (y, sin duda, el menos interesado es aquel que más decididamente apoyó a la Reforma Universitaria). En esta situación, no es imposible discernir algunas tensiones que aparecen sobre todo en las fórmulas ambivalentes desde las que se sostiene ese interés por la política, fórmulas que oscilan entre el llamado a “operar una revolución desde arriba”, las propuestas de creación de un partido político propio que lance alguna plataforma desde la militancia universitaria, y, al mismo tiempo, la reiterada afirmación de una imagen desvalorizada de la política como actividad específica, imagen que también circula desde las sostenidas impugnaciones a la figura del político profesional. Es a partir de estas fórmulas que esta nueva generación va a procesar esa vocación hacia la política, apostando a la construcción de ciertas representaciones concernientes al lugar y al papel del intelectual en el ámbito público.

Frente a esto, reviste cierto interés el análisis de algunos discursos, producidos en los primeros años de la Reforma Universitaria (fundamentalmente, del 18 al 20), en pos de mostrar cómo se despliega allí la apuesta por determinadas opciones, inscriptas en un marco más general en donde ciertos motivos de la reacción contra el positivismo se aúnan con otros ligados a cuestionamientos dirigidos contra el espectro de creencias liberales, opciones desde las cuales estos jóvenes van a procurar definir las tareas que esta “nueva generación” tiene por delante. En este sentido, la línea de continuidad y filiación que establece el citado “Manifiesto” de *Proa* entre la Guerra, la Reforma y el “florecimiento de los jóvenes que fatigaban la imaginación en buscas venturosas” puede sugerir cierta persistencia de esas definiciones que insisten en un llamado a la renovación de las instituciones y de las prácticas.

En efecto, si en principio la Reforma Universitaria se propone una renovación que juzga como necesaria, la misma se articula en sus inicios a partir de una doble convicción: por un lado –como ha señalado Halperin para la generación del 37–, al menos en algunos discursos resulta visible la confianza en que basta una rectificación ideológica de la *intelligentsia* para estar en condiciones de ofrecer una orientación certera al conjunto de la vida nacional; y, por otro, que esta operación puede y debe ser emprendida desde la Universidad.

Así, el presidente de la Federación Universitaria, Osvaldo Loudet, en el Congreso de Estudiantes de 1918 va a acentuar que “el porvenir de un pueblo depende de la moralidad de sus clases dirigentes y la universidad es la que forma, la que modela, la que orienta esos elementos conductores”. Para Loudet, no hay dudas de que la juventud estudiosa, aquella en la que residen los más puros ideales y la sed de la más honda sabiduría, es también la que “regirá mañana los destinos del país”.<sup>16</sup> Se podría considerar que esta convicción es casi una certeza compartida, sobre la cual se asientan distintas consideraciones en torno a la política.

Para 1918, en *Reflexiones sobre el ideal político en América*, Saúl Taborda expone una visión donde descalifica tanto a la “política” como a “políticos”: si con respecto a la primera “en todos los tiempos, ha dado origen a la oligarquía”, la explicación subsiguiente de cómo este proceso cristaliza es una acusación que se expande a todo el espectro político: “antes que la realización de un propósito gubernativo de alto vuelo, desinteresado en la medida en que podría

<sup>16</sup> Loudet, Osvaldo, “Discurso del Presidente de la Federación Universitaria Argentina”, en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes (1918), en Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA), *La Reforma Universitaria (1918-1958)*, Buenos Aires, 1959, pp. 49-51.

beneficiar a todos, sólo procuran alcanzar el vellocino de oro del presupuesto”.<sup>17</sup> Frente a esto, queda delineada la imagen sobre la que procura proyectarse el autor del ambicioso ensayo, la de aquel que había sido construido como el sujeto “desinteresado” por excelencia en el Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria, el joven que vive en trance de heroísmo, que contempla ahora, en la versión de Taborda, cómo “veinte siglos de valores feudales se liquidan sobre el campo de batalla”.<sup>18</sup>

Una manera diferente de desplegar la misma convicción, que de modo tan transparente presenta Loudet, podemos encontrarla en una serie de discursos de Adolfo Korn Villafañe, publicados en forma conjunta por la Editorial Reformista del Centro de Estudiantes de Derecho en 1928 bajo el sugestivo título de *1919*.<sup>19</sup> En estos textos, cuya “manifiesta extravagancia” aparece a los ojos del mismo autor en la “Advertencia” de 1928, este vástago de Alejandro Korn proyecta las líneas de una nueva “orientación ideológica” —estrechamente conectadas con algunos temas de la reacción contra el positivismo— que considera esenciales para dar rumbo a una “actuación social, política y profesional”. Y, en este sentido, la destacada presencia de Korn Villafañe en el Colegio Novecentista, su participación en la *Revista Nacional* (que aparece en 1918 dirigida por Mario Jurado y Julio Irazusta), podrían sugerir para estos discursos, condensados en el libro *Incipit vita nova*, una repercusión más amplia que aquella limitada a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. De hecho, *Nosotros*<sup>20</sup> dedica un espacio a la reseña de este texto, donde luego de dar cuenta de las tres partes del libro —que tratan respectivamente de Juan Bautista Alberdi, la Nueva Argentina y la Nueva Universidad—, no deja de marcar “cierta confusión e incertidumbre en los anhelos y la ideología de esta juventud”, atribuyéndola al “vacío de muchos ídolos y valores” que han caído con el impulso de la gran guerra.

Como dijimos, el texto comienza con una primera parte dedicada a Juan Bautista Alberdi, donde el autor explícitamente retoma algunas líneas que encontramos en “Bases para la nueva vida estudiantil”. Si bien en 1919 considera que la adopción de las máximas alberdianas había sugerido un camino que estimulaba un “materialismo” que comportaba el olvido de los valores éticos y un “cosmopolitismo” que a su juicio dio lugar al olvido de los sentimientos y tradiciones nacionales, es relevante el modo como caracteriza el lugar de este intelectual en la historia política del país:

La batalla de Caseros no significa en la historia de nuestra patria, sino la substitución de una tiranía política por una tiranía intelectual. Después de Rozas que gobernó veinte años, Juan

<sup>17</sup> Taborda, Saúl, *Reflexiones sobre el ideal político de América*, Córdoba, 1918, pp. 47-49.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 8

<sup>19</sup> Korn Villafañe, Adolfo, *1919*, Buenos Aires, Publicación del Centro de Estudiantes de Derecho y Ciencias Sociales, 1928. Aparecen allí: “Bases para una nueva vida estudiantil”, escrito en abril de 1919 como Carta de aceptación del autor a la candidatura para la presidencia del Centro de Estudiantes de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires por la Unión Universitaria; un “Discurso” pronunciado en un acto de la misma agrupación estudiantil en mayo de 1919; un breve escrito que el autor había publicado en forma de libro en 1920, que curiosamente lleva el mismo título de un artículo que Alejandro Korn había publicado en 1918 como llamado a superar la perspectiva positivista, “Incipit Vita Nova”; otro “Discurso” pronunciado en 1920 en la Colación de Grados de la Facultad de Derecho; “Los derechos proletarios”, escrito presentado como Tesis para optar por el grado de Doctor en Jurisprudencia en la Universidad de Buenos Aires en 1921; y, por último, “Socialismo y Marxismo”, presentado con la única mención de que corresponde al año 1922.

<sup>20</sup> Véase “Incipit Vita Nova”, en *Nosotros*, Buenos Aires, año XIV, t. xxxv, No. 132, mayo de 1920, pp. 269-270.

Bautista Alberdi nos gobierna hace ya más de 65 años. Y por cierto que para ello no ha necesitado ser ni presidente de la República, ni gobernador. Alberdi ha muerto hace ya mucho tiempo, ¡y todavía gobierna!<sup>21</sup>

A continuación, el llamado a “derrocar esa tiranía” en una “batalla de Caseros intelectual” va a ser sostenida simultáneamente en dos registros. Por un lado, en “Bases para la nueva vida estudiantil” aparece como una convocatoria a proyectar desde la Universidad una nueva hegemonía, sostenida desde principios vagamente idealistas y nacionalistas. Sin embargo, en ese mismo año de 1919 aparece en *La Revista Nacional* otro artículo de Adolfo Korn Villafañe, “Vistazos”, que se propone inaugurar bajo ese título “un nuevo género literario” que no es “ni historia, ni crítica, ni filosofía, ni tampoco ensayos”, donde retoma esa caracterización de Alberdi como la figura ideológica fuerte que estuvo detrás de los “hombres de acción” como Pellegrini, Roca y Juárez Celman. Y en un esquema parecido al que luego desarrollará su padre para explicar la historia de las ideas argentinas, es sugerida la presencia de una tercera generación, la generación del 80, que sistematiza el positivismo desde la cátedra, pero llega tarde para la acción. Esta “acción” es la que reserva al final como tarea para los “novecentistas” a través de la sorpresiva propuesta de la creación de un partido político:

Los novecentistas no podemos, pues, pertenecer a ninguno de los partidos políticos conservadores, porque todos ellos, más o menos, representan el positivismo, el alberdismo, la sola riqueza material del país, el olvido de los valores éticos. Ni podemos ser socialistas, porque este partido es antinacionalista. Ni podemos ser radicales, porque la ética del radicalismo ha resultado más verbal y efectiva y porque no podemos aceptar una ética reñida con el intelectualismo, basada sobre la ignorancia.

Debemos fundar un Partido Nacionalista Argentino, sin intervención de desacreditados ex radicales y ex conservadores –de viejos analfabetos y viejos piratas– sencillamente nosotros los muchachos, así como se hizo el partido socialista en veinte años de lucha oscura y heroica.<sup>22</sup>

Este diagnóstico, que arma un rápido mapa político de las opciones disponibles e incluye la incitación a agregar una propuesta propia, va a exhibir cierta ligera disonancia con otras posiciones sostenidas desde los *Cuadernos del Colegio Novecentista* y, de hecho, ese panorama va a aparecer modificado unos meses después en *Incipit vita nova*.

El Colegio novecentista había sido fundado en 1917 por un grupo de jóvenes que se proclaman como “unos cuantos hombres de hoy –nuevos y del novecientos– a quienes no conforma ya el catón espiritual vigente”. Ese “catón espiritual” estaba representado a sus ojos por el positivismo, al que sin embargo reconocen como “un fenómeno dado, irremediable, en el desarrollo de nuestra cultura”.<sup>23</sup> Sin embargo, este tono moderado va a ir progresivamente acentuando y definiendo no tanto una filiación teórica precisa, sino más bien los motivos y los límites de esta oposición al positivismo. En este sentido, es significativo que en el primer

<sup>21</sup> Korn Villafañe, “Bases para la nueva vida estudiantil”, 1919, p. 4

<sup>22</sup> Korn Villafañe, “Vistazos”, en *Revista Nacional*, año II, No. 6, septiembre de 1919, pp. 315-316.

<sup>23</sup> “Manifiesto del Colegio Novecentista”, en *Colegio Novecentista*, año I, Cuaderno 1, Buenos Aires, julio de 1917, p. 1.

número de los *Cuadernos*, José Gabriel sostiene que el novecentismo es “simplemente una actitud que nace de considerar que el espíritu creador no es cosa opuesta ni a la razón ni la ciencia; no es su contrario” y, desde esta actitud, el novecentismo reacciona contra las características de un ambiente intelectual que “vive como cincuenta años atrás en el mundo de la cultura”.<sup>24</sup> En efecto, en los primeros números se afirma con cierto énfasis la crítica al ambiente intelectual: la ignorancia y el *dilettantismo* no sólo aparecen como un reproche dirigido a sus críticos positivistas, sino también a los literatos como Amado Nervo o Leopoldo Lugones, a quienes acusan de publicar en *La Nación* divagaciones sobre los más diversos temas.<sup>25</sup>

Con respecto a la oposición al positivismo, ese tono moderado de José Gabriel en el primer número es objeto de algunas modificaciones con ocasión de la recepción del “Conflicto Universitario de Córdoba”,<sup>26</sup> al que se saluda como “el comienzo de una reacción universitaria nacional, fecunda en los valores que corresponden a los tiempos modernos, cuyo advenimiento ha sido retardado entre nosotros, especialmente, por el innecesario arraigo de la doctrina positivista, materialismo vergonzante que en pos del fetichismo mecanicista destruye con la libertad el valor de la misma personalidad humana”. En el mismo número, no será ésta la única ocasión en que aparezca mentada esa oposición aparentemente irreconciliable entre los valores positivistas y aquellos que corresponden al presente: más adelante, entre las “Notas” encontramos la transcripción de un artículo publicado en la *Revista del Centro de Estudiantes de Derecho*, dedicado al propio Colegio Novecentista. Allí se esboza un intento de responder a una de las críticas con frecuencia esbozada contra los jóvenes agrupados en el Colegio, acerca de la falta de precisión en la definición de sus objetivos, alcances y propósitos. ¿Cómo argumenta contra esa acusación? Sosteniendo que “toda revolución en cualquier campo de la actividad humana se presenta siempre así, enarbolando como bandera de combate una *rotunda negación*”. Es decir, admite el tono “confuso y vago” que acompaña tanto a la declaración de propósitos del Colegio como a la amplitud de horizontes teóricos a los que pretende acudir, pero al mismo tiempo no por eso deja de afirmarse como “un movimiento revolucionario en el terreno de nuestra cultura”.<sup>27</sup> Y ya en el último número, en “El novecentismo argentino (A propósito de una crítica a su manifiesto)” al mismo tiempo que nuevamente se hace gala de la indefinición en torno a las coordenadas teóricas de estos jóvenes,<sup>28</sup> sin embargo se acentúa la crítica al determinismo y al escepticismo de una filosofía que, según estos jóvenes, “ha fracasado” y “ha pasado a la historia de las teorías sin el atractivo siquiera de la belleza y de la fe que otras tuvieron”.<sup>29</sup>

<sup>24</sup> Gabriel, José, “Discurso sobre el Colegio Novecentista”, en *Colegio Novecentista*, año I, Cuaderno I, Buenos Aires, julio de 1917, p. 29.

<sup>25</sup> Véase Taborda, Benjamín, “El espacio, la geometría y la lógica (A propósito de una crónica de Amado Nervo)”, en *Colegio Novecentista*, Año I, Cuaderno II, Buenos Aires, agosto de 1917, pp. 65-92; y Hanón, Julio, “El libro de los Paisajes de Leopoldo Lugones”, en *Colegio Novecentista*, año II, Cuaderno IV, Buenos Aires, febrero de 1918, pp. 51-54.

<sup>26</sup> “El conflicto universitario de Córdoba”, en *Colegio Novecentista*, Año II, Cuaderno 5, Buenos Aires, abril de 1918, p. 102.

<sup>27</sup> “Frente al novecentismo”, en *Colegio Novecentista*, Cuaderno 5, año II, Buenos Aires, abril de 1918, pp. 125-128.

<sup>28</sup> De hecho, en ese artículo se afirma: “Dentro del novecentismo están bien, por lo tanto, el kantiano y el discípulo de Duns Scott, el alumno de Croce y de Bergson, el lector del “solitario Ravaisson” o el retardado admirador de Cousin, todos aquellos, en fin, para quienes la libertad no es ‘una cuestión’ sino un principio incontrovertible”, en “El novecentismo argentino (A propósito de un ataque a su Manifiesto)”, *Colegio Novecentista*, año III, Cuaderno 8, Buenos Aires, julio de 1919, pp. 115-145.

<sup>29</sup> En la misma dirección se orienta uno de los discursos de Carlos Ibarguren que aparece entre las “Notas” del Cuaderno 3, donde el autor comparte alguna de las reflexiones que van a figurar luego en su libro *La literatura y la*



Si bien es probable que este tono que apunta ya a descalificar abiertamente al positivismo, sostenido de manera tajante en la reseña de Juan Probst a *La evolución de las ideas argentinas* de J. Ingenieros, haya madurado en el entusiasmo por sostener una polémica, que al mismo tiempo que permitía desplegar algunas líneas de diferenciación también alentaba cierta visibilidad, hay otro cambio que se percibe en la publicación: en los primeros números, tanto en el espacio dedicado a las reseñas (titulado “Bibliografía”) como en las “Notas intelectuales del mes” (sección que a partir del segundo año aparece con el nombre abreviado de “Notas”), sus propias intervenciones en relación con el ámbito local omiten casi toda alusión a la cuestión política y más bien se dedican a rebatir a sus críticos positivistas y a protestar contra la “barbarie cultural” imperante en el ambiente que adjudican a una baja profesionalización fomentada tanto desde la cátedra como desde la prensa. Pero a partir del número 6, de junio de 1918, empieza a aparecer la transcripción de discursos (pronunciados con frecuencia por algunos miembros del mismo Colegio en reuniones y banquetes) donde progresivamente la referencia a la política como actividad va ganando espacio. Pero este espacio es aprovechado para sugerir una distancia frente a ella.

Así, en el número 8, Tomás Casares se toma la molestia de rescatar de entre sus viejos papeles un discurso que dice haber pronunciado dos años antes (es decir, en 1917) en el cual la política aparece como una “forma ilusoria de la realidad”, donde “son aparentes su moral, su utilidad, sus resoluciones y las reputaciones que consagra”.<sup>30</sup> Por cierto, en las páginas de ese número de los Cuadernos, no es el único en intentar conjurar “la atracción que ejerce el cómite sobre las mentalidades jóvenes”: también Héctor Ripa Alberdi, quien en 1921 presidirá la delegación argentina en el Congreso de Estudiantes celebrado en México, sostendrá con ocasión de la fundación del Colegio Novecentista de la Plata en 1919:

Y no se crea, señores, que al detestar el mercado político, sueñe con la Platonópolis de Plotino. Es que en nuestro medio, *política y sabiduría son inconciliables*. En Atenas, hasta los pórticos del Agora llegaba la fragancia que nacía en los jardines de la Academia; pero aquí el Agora es plaza de traficantes que mora muy lejos de la academia, desde la una no se divisa la otra, y puesto yo en la encrucijada, tomo la senda platónica: cabalguen otros sobre el inquieto lomo popular, y en buena hora tengan la suficiente entereza como para no dejarse vencer.<sup>31</sup>

Vemos, entonces, que la invitación que Adolfo Korn Villañafe dirige a los “novecentistas” en torno a fundar un “Partido Nacionalista Argentino”, parece lejos de esbozarse como una alternativa que tentara el ánimo de sus compañeros de ruta, en un grupo que casi desde sus co-

---

*Gran Guerra* (Buenos Aires, Cooperativa Editorial, 1920): “El espíritu moderno científico, que nos hizo ver todo a través del prisma desconsolador de la materia, nos enseñó que el determinismo es la ley del universo y nos mostró a la fatalidad como cauce de nuestra vida efímera. El escepticismo y el pesimismo abriéronse, entonces, atormentando el alma egoísta, sensual y refinada, que caracterizó a la época que termina. El siglo de la ciencia omnipotente, el siglo de la burguesía desarrollada bajo la bandera de la democracia, el siglo de los financieros y los biólogos, se hunde en medio de la catástrofe más grande que haya azotado a la humanidad”, “Un discurso del Dr. Carlos Ibaguren”, en *Colegio Novecentista*, Año 1, Cuaderno 3, Buenos Aires, diciembre de 1917, pp. 178-180.

<sup>30</sup> Casares, Tomás, “Discurso”, en *Colegio Novecentista*, año III, Cuaderno 8, Buenos Aires, julio de 1919, pp. 159-164.

<sup>31</sup> Ripa Alberdi, Héctor, “El Colegio Novecentista de la Plata” (Discurso), en *Colegio Novecentista*, Buenos Aires, año III, Cuaderno 8, julio de 1919, pp. 181-182. El subrayado es mío.

mienzos insiste en afirmar un “idealismo militante” desde el cual “el problema político se resuelve en un problema de educación popular”.<sup>32</sup> Y de hecho, desde la *Revista Nacional*, Korn Villafañe insiste en subrayar hacia el final de su artículo: “no nos conformemos con sistematizar; busquemos la acción”.

Sin embargo, como adelantábamos, tanto el mapa del panorama político como la propuesta de nuestro autor, van a aparecer modificados apenas unos meses después en *Incipit Vita nova*. Si Roca sigue siendo “Alberdi mismo en la presidencia de la Nación”, ahora tanto el radicalismo como el Partido Demócrata Progresista aparecen como frutos de la reacción ética que desata la “Revolución del 90”. En esta dirección, Yrigoyen está lejos de aparecer aquí como un “viejo analfabeto”, en un coqueteo que se insinúa entre la advertencia y la alabanza: si bien su prestigio entre la muchedumbre aparece justificado porque “entrevió místicamente la solución idealista a través de los expositores españoles y belgas del krausismo”, Korn Villafañe expresa sus reservas cuando señala:

No es este el momento de formular una apreciación sobre su obra de gobernante, iniciada con la favorable expectativa de todo el país, bajo condiciones inmejorables; pero en ocasión oportuna –quizás muy pronto– he de publicar algunas reflexiones sobre las consecuencias del idealismo en los presidentes cuando éstos no se hallan rodeados de los más altos valores intelectuales de una Nación.<sup>33</sup>

De todas formas, ni esas “favorables expectativas” de las que se hace eco, ni “las condiciones inmejorables” le impedirán subrayar a nuestro autor que este gobierno representa una “conciencia nacional” situada en 1890, destinada a ser superada por la “conciencia nacional de 1920”. Esta posición es desarrollada en la segunda y tercera parte del texto, titulados respectivamente “La Nueva Argentina” y “La Nueva Universidad”. Esta nueva “conciencia nacional” es presentada por Korn Villafañe como un “ideal idealista de un grupo de juventud que ha imaginado para su patria una mejor forma de existencia, más bella que su existencia presente y anterior”, y tiene dos costados: se presenta bajo la forma de un “arquetipo forjado en los dominios de la ideología” y como un “problema concreto de realización práctica”. Y, de hecho, la segunda parte del libro parece dedicarse a la exposición de las líneas principales de un “programa”, cuyas ambiciones de algún modo contrastan con los medios a partir de los cuales aspira a implementarse dicho programa: como se afirma en la tercera parte, la reforma se concibe como “un punto de arranque” a partir del cual va a ser posible la formación de una “aristocracia intelectual y de conducta”, que difunda su virtud y su saber a los obreros a partir de los cursos de Extensión Universitaria.

Bajo el apartado titulado “La nueva Argentina” enuncia la necesidad de una renovación de las “instituciones burguesas”, viable –según la perspectiva del autor– a partir de “la alianza del trabajo intelectual y el trabajo manual”, alianza que tiene por objeto combatir a un

<sup>32</sup> “El novecentismo argentino (A propósito de un ataque a su manifiesto)”, en *op. cit.*, p. 143: “En verdad, poco nos interesa la política en este país, donde los hombres se pasan de la extrema izquierda al oficialismo sin sambenito que les asuste. La política de comité que en bulevardesco idioma se dice ‘arrimo’ o ‘acomodo’, poco interés tiene para quienes le achacan a ella buena parte de la incultura nacional. Por lo demás, el problema político se resuelve dentro del novecentismo en un problema de educación popular, aspecto sobre el cual no insistiremos, puesto que ni lo menciona nuestro crítico”.

<sup>33</sup> Korn Villafañe, Adolfo, *Incipit Vita Nova*, en 1919, cit., pp. 29-30.

“enemigo común: el burgués y el académico”.<sup>34</sup> Se alude así a uno de los tópicos más reiterados de la “nueva generación”, frecuentemente afirmado en los discursos de la Reforma Universitaria: el de la juventud asociada a la intensidad y al heroísmo, opuesta al “mundo del cálculo”, propio del burgués.

Ciertamente, podría pensarse que ya en el modernismo literario aparecía un claro rechazo a esta figura del burgués, expresada también en la polaridad entre el artista o escritor y el público filisteo.<sup>35</sup> Y también desde el arielismo estaba esbozada una crítica al mundo burgués en la impugnación al utilitarismo, al que Rodó considera como un rasgo típico de un modelo de civilización que ve realizado en los Estados Unidos. Sin embargo, tras la invocación a los tópicos del arielismo, encontramos en los discursos de la Reforma Universitaria matices significativamente diferentes. En primer lugar, porque la crítica a ciertos aspectos del proceso modernizador que afirma Rodó en el *Ariel* está sostenida desde una estrategia conciliadora que procura sintetizar diferentes propuestas: es así que esa civilización utilitaria y materialista “no ha de ser enteramente perdida en relación con lo que podríamos llamar *los intereses del alma*”, ya que –a los ojos del autor– “sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino del espíritu”.<sup>36</sup> Es decir, la impugnación al utilitarismo no es un obstáculo para considerar que “la obra del positivismo norteamericano servirá a la causa del Ariel, en último término”,<sup>37</sup> lo cual difiere de la imagen del burgués como un “enemigo común” al que es necesario combatir. Pero, en segundo lugar, hay otra oposición a considerar que distancia a la propuesta de estos jóvenes de aquella delineada en el *Ariel*: la *acción* –para Rodó– está unida al trabajo, a las luchas por el interés y la vida material; mientras que el “ideal” y la “libertad” son productos del “ocio noble” y se encuentran a partir del recogimiento en el mundo interior. Así, a través del cuento del rey oriental, generoso y hospitalario, que sin embargo reserva en su palacio una cámara que a nadie le está permitido franquear, Rodó invita a sus interlocutores a preservarse de la mutilación de la vida sosteniendo, por sobre los intereses y quehaceres cotidianos, “la meditación desinteresada, el ocio antiguo, la contemplación del ideal, la impenetrable estancia de mi cuento”.<sup>38</sup> En relación con esto, a partir de la Reforma, se podría pensar que el refugio en el “mundo interior” al que alentaba Rodó no conforma ya una alternativa en el planteo de estos jóvenes, porque la afirmación de los valores en la voluntad, el reconocimiento de la “libertad” frente al determinismo, se hace con vistas a la acción, a una acción que aspira, así sea imaginariamente, a transformar las instituciones y las prácticas. Desde este lugar, se sostienen las impugnaciones al mundo del académico y del burgués. De ahí que, con frecuencia, las críticas al “profesionalismo” van a estar dirigidas a un doble blanco: por un lado, a la generación anterior, cuyo horizonte teórico limitado no le permitía vislumbrar las genuinas tareas que debía emprender en el campo de la cultura; por otro lado, contra aquellos que, a la búsqueda del ascenso social, van a aparecer como interesados tan sólo en la adquisición de conocimientos técnicos. La Universidad aparece así recurrentemente denunciada como una “simple fábrica de doctores”; donde “el pro-

<sup>34</sup> Korn Villafañe, *Incipit...*, cit., pp. 37-41.

<sup>35</sup> Véase Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, “La Argentina del Centenario”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, Capítulo No. 198, 1983, pp. 81-82.

<sup>36</sup> Rodó, José E., *Ariel*, Buenos Aires, Losada, 1994, p. 131.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 132.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 68-74.

fesionalismo ahogó todo anhelo de ciencia”, por lo cual el único fin del alumno consistía en “pasar cuanto antes para conseguir el diploma y acumular dinero”.<sup>39</sup>

En esta misma dirección, en “Bases para la nueva vida estudiantil”, Korn Villafañe había expuesto de otra manera esta percepción del “enemigo común”: en efecto, si una de las tareas urgentes que se proponen para la universidad es la formación de una “aristocracia intelectual”, tampoco es posible olvidar –dice– “que por una lógica coincidencia de la historia, la causa proletaria es hoy por hoy también la más aristocrática de las causas –porque es la más antiburguesa que imaginar se puede–”.<sup>40</sup> Ahora bien, esto no impide que en esa “alianza” que propugna como necesaria “el hombre de vocación intelectual y artística vea en el trabajador manual un *hermano menor a quien amparar y dirigir*”.<sup>41</sup> Es decir, el trabajador manual o el obrero aparecen como aquellos que, a partir de los cursos de Extensión Universitaria, deben ser convenientemente ilustrados sobre su propia condición. Pero esta escena tampoco es demasiado diferente de aquella que construye Deodoro Roca en “La Universidad y el espíritu libre”, donde en esa hora solemne son los estudiantes los que aparecen animados “por un profundo anhelo de renovación”, secundado por “el pueblo” que “con instinto seguro comprendió el significado recóndito de aquella cruzada iconoclasta”. Es decir, en esta construcción, “el pueblo” se da por entero a una causa, que es la de los estudiantes revolucionarios.<sup>42</sup> También el “Manifiesto” del Centro de Estudiantes de Derecho de Buenos Aires, al inaugurarse los cursos de extensión universitaria, sostiene una imagen por la cual el “proletariado” necesita para asegurar sus luchas ser iluminado con un saber que ahora, a través de estos cursos, los estudiantes ponen a su alcance: “un proletariado, sin principios jurídicos, es del mismo modo que un proletariado ignorante, incapaz de realizar conquistas definitivas, aunque su brazo tenga un poder suficiente para conseguirlas”.<sup>43</sup>

En esta dirección, los conflictos que se suceden en la Universidad de La Plata,<sup>44</sup> que llevaron a la FULP a proclamar la huelga general –sostenida desde el 20 de octubre de 1919 hasta mediados del año siguiente– ofrecerían ocasión para volver una y otra vez la reflexión sobre esta “alianza entre el trabajo intelectual y el trabajo manual”, o bien sobre planteos en torno a la relación entre “intelectuales” y “pueblo”. De hecho, así como la FULP dirige un Manifiesto “A los universitarios de la República”, no falta tampoco un “Manifiesto al Pueblo”, donde se busca explicar y legitimar la posición de los huelguistas, ni las aclaraciones que Gabriel del Mazo dirige al ministro del Interior, sosteniendo que “la simpatía entre estudiantes y obreros es una resultante lógica y natural del momento histórico en que vivimos”.<sup>45</sup>

<sup>39</sup> Sommariva, Luis, “La Reforma Universitaria” (1920), en Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA), *La Reforma Universitaria 1918-1958*, cit., p. 70.

<sup>40</sup> Korn Villafañe, Adolfo, “Bases para la nueva vida estudiantil”, 1919, cit., p. 9.

<sup>41</sup> Korn Villafañe, Adolfo, *Incipit vita nova*, 1919, cit., p. 38. El subrayado es mío.

<sup>42</sup> Roca, Deodoro, “La Universidad y el espíritu libre”, en Kohan, Néstor, *Deodoro Roca, el hereje*, Buenos Aires, Biblos, 1999, pp. 89-94.

<sup>43</sup> “Manifiesto del Centro de Estudiantes de Derecho al inaugurarse los cursos de Extensión Universitaria” (1919), en Cúneo, Dardo (comp.), *La Reforma Universitaria (1918-1930)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, p. 24.

<sup>44</sup> Un relato pormenorizado de los acontecimientos durante el proceso de la Reforma Universitaria en La Plata es el ofrecido por Biagini, Hugo; “El movimiento estudiantil reformista y sus mentores”, en Biagini, H. (comp.), *La Universidad de la Plata y el movimiento estudiantil. Desde sus orígenes hasta 1930*, La Plata, Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 1999, pp. 153-213.

<sup>45</sup> Citado en *ibid.*, p. 172.

Tanto en “Docencia Emancipadora” de Saúl Taborda como en “La emancipación estudiantil y la gesta de un nuevo derecho” de Gonzalo Muñoz Montoro –discursos expuestos en el Teatro Argentino en una visita a la La Plata dos meses antes de la finalización del conflicto– encontramos cierta preocupación por enmarcar la huelga universitaria de La Plata en una empresa más amplia, tal como aparecerá enunciada luego en el editorial de *Renovación* que en julio de 1920 anuncia el triunfo de dicha huelga: la “obra” que les “toca madurar” apunta a que “este tipo de civilización egoísta y logrero caiga al empuje de la nueva civilización que avanza, incontenible”.<sup>46</sup> Frente a esta tarea, la imagen que estos jóvenes estudiantes sostienen en cuanto a su posición podría ser aquella misma que adjudica Muñoz Montoro a la delegación platense en el Congreso de Córdoba: como “la misma vanguardia en marcha”. Esta visión heroicizante, por la cual se colocan en la línea de avanzada de un frente que, desde la exigencia de nuevos estatutos para la universidad, se proyecta como una empresa más amplia, justifica de algún modo el empeño de Taborda por mostrar que “el justo desdén con que el pueblo ha mirado siempre a los intelectuales” no puede extenderse hacia quienes emprenden ahora esta “obra de liberación de falsos apostolados políticos y sociales, de los trasnochados nacionalismos”, en síntesis, “a esta empresa de amplia, total y definitiva emancipación del espíritu”.<sup>47</sup> Esta empresa es la que exige la “alianza del trabajo intelectual y el trabajo manual”, alianza en la que se reserva al trabajo intelectual un rol de guía y conducción, similar al de las tropas que avanzan a la cabeza de un conjunto más amplio. Ahora bien, esta voluntad de liderazgo reclama también cierta custodia de la “más aristocrática de las causas”. Sin embargo, esta última no sostiene –como en el caso del legislador iluminista que analiza Zigmunt Bauman– la necesidad de encauzar las bajas pasiones en una organización racional,<sup>48</sup> sino que tiende más bien a presentarse como el elemento movilizador de una fuerza que tras las diferentes nominaciones (“trabajador manual”, “obrero”, “pueblo”) se reconoce como distinta, pero plenamente dispuesta a participar en la construcción de ese orden nuevo. Esa movilización requiere la acción, y una acción que se proyecta desde la Universidad y, más concretamente, desde los cursos de extensión universitaria. Las ideas que se esbozan sobre estos cursos aluden a un doble movimiento: los estudiantes yendo al pueblo, al trabajador manual, al obrero; y el pueblo yendo a la universidad, “dándose por entero a la causa de los estudiantes”.

En el citado artículo de Deodoro Roca, la “causa” de los estudiantes está atravesada por una crítica general al liberalismo que no disimula su desconfianza frente a la “democracia parlamentaria”.<sup>49</sup> También para Korn Villafañe, la tarea principal de aquella “alianza” entre estudiantes y obreros es la elaboración de un “Nuevo Derecho colectivo y argentino” que reemplaza al de Velez Sarsfield, al que considera –aludiendo a unas conferencias de Alfredo

<sup>46</sup> “En la hora del triunfo”, *Renovación*, 16 de julio de 1920, citado en *ibid.*, p. 177.

<sup>47</sup> Taborda, Saúl, “Docencia Emancipadora”, Discurso pronunciado en La Plata el 7 de mayo de 1920, en *La Reforma Universitaria 1918-1958*, Federación Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1959, pp. 40-47.

<sup>48</sup> Cf. Bauman, Zigmunt, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, cap. 5: “Educar al pueblo”, pp. 101-118.

<sup>49</sup> “A una libertad y una igualdad puramente teóricas del ciudadano, en el estado político –conquista suprema de la nueva clase dominante, arrojada al dolor de los supremamente vencidos–, corresponde, todo a lo largo del siglo XIX, una abyecta esclavitud y desigualdad económicas. Los Códigos cristalizan en inapropiadas estructuras sociales. [...] Cunde el virus de la ‘democracia’ parlamentaria. Como dice Taborda, ‘posee la virtud de la sombra del manzanillo para la fecunda inferencia’. Crea una peligrosa y enervante ilusión colectiva. Parece la anchura definitiva que ha de encauzar los afanes vitales. Humo de opio, por cuyas espirales se asciende a los mitos edénicos.” Roca, Deodoro, “La Universidad y el espíritu libre”, en Kohan, Néstor, *op. cit.*, p. 91.

Palacios— como “la expresión más típica del liberalismo burgués”. Es así que, afectando cierta imprecisión y a la hora de concretar las líneas que para él definen a esta “Nueva Argentina”, sin embargo esto no le impide afirmar resueltamente que “no será liberal”, dado que “no es cuestión que a fuerza de igualdad, libertad y fraternidad los obreros se mueran de hambre”.<sup>50</sup> Algunos meses después, en el “Discurso” pronunciado con motivo de la colación de grados en la Facultad de Derecho, reitera su impugnación al liberalismo:

Para nuestro siglo la tarea se concreta en hallar la fórmula legislativa y colectiva que disciplinando las relaciones económicas de la vida moderna, garantice la dignidad ética del proletariado intelectual y manual. Para esta renovación de las instituciones nada podemos esperar de las doctrinas del individualismo. Pesa sobre ellas la inculpación bien probada de los siete pecados capitalistas. Fue el individualismo la promesa deslumbradora del naciente siglo diez y nueve, pero pronto, perdido en verbalismos sonoros, complicado en empresas inmediatas y mediocres, olvida su gigantesca iniciación y sólo al fin del siglo se acuerda de su romántico origen. [...]. Respetemos el individualismo moribundo, pero hay que abandonarlo. La nueva juventud tiene ideales políticos y fuertes.<sup>51</sup>

Más allá de cierta vaguedad que acusa este planteo, no deja de parecer pertinente destacar su aparición, porque estos posicionamientos no van a ser del todo infrecuentes. De hecho, el antiparlamentarismo va a ser una opción explorada recurrentemente desde diversos horizontes ideológicos: intelectuales reconocidos como Leopoldo Lugones o José Ingenieros, líderes reformistas, como Deodoro Roca o Saúl Taborda, jóvenes intelectuales nucleados en revistas como *Insurrexit*, que desde la izquierda se declara expresamente como “un grupo antiparlamentario”;<sup>52</sup> o más adelante *Inicial*, desde donde se proclama que “de todas las mentiras solapadas y jesuíticas de nuestro tiempo, es sin duda la falsa libertad democrática una de las más peligrosas y despreciables”,<sup>53</sup> e incluso la valoración negativa de algunos emblemas de la tradición liberal que es posible encontrar en los primeros ensayos de Borges.<sup>54</sup> Todo ello pareciera sugerirnos que, durante la década del veinte, la crisis de los valores involucrados en el ideario liberal va a atravesar algunos recorridos de los intelectuales del período. En relación con esto, es sabido que en Europa el período de entreguerras estuvo signado por un eclipse del liberalismo, como corriente de ideas y como sistema de vida. Sobre la finalización de la guerra, la revolución rusa tuvo un alto impacto en la puesta en movimiento de nuevas fórmulas, pero también sin duda ese impacto se vio reforzado por la creciente inestabilidad de los sistemas parlamentarios europeos durante el período.<sup>55</sup> En este sentido, la revista española de

<sup>50</sup> Korn Villafañe, Adolfo, *Incipit Vita Nova, 1919*, cit., p. 40.

<sup>51</sup> Korn Villafañe, Adolfo, “Discurso pronunciado en representación de los nuevos estudiantes en la Colación de grados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales” (1920), *1919*, cit., p. 80.

<sup>52</sup> En la contratapa de *Insurrexit* del 8 de septiembre de 1920, se puede leer la siguiente interpelación: “¡Estudiante! ¿Qué idea tiene Ud. formada de la cuestión social? ¿Cree Ud. que la democracia burguesa es una fórmula incompleta de la libertad? ¿Ignora que la clase proletaria del mundo quiere conquistar el poder para realizar la total igualdad económica? ¿Vive Ud. al margen de los hechos que están modificando al mundo? ¿Cree Ud. que en el momento actual deben los estudiantes tomar posición en la lucha social? El grupo universitario *Insurrexit*, esencialmente antiparlamentario, se reúne todos los sábados a las 21 hs en Suipacha 74, para discutir estas cuestiones. Queda Ud. invitado.”

<sup>53</sup> “Comentarios sobre política” (s/f), en *Inicial*, año 1, No. 2, Buenos Aires, noviembre de 1923, p. 47.

<sup>54</sup> Tal como lo sugiere Rafael Olea Franco en *El otro Borges. El primer Borges*, Buenos Aires, FCE, 1993, p. 91.

<sup>55</sup> Cf. Linz, Juan José, *La quiebra de las democracias* (trad. Rocío de Terán), Madrid, Alianza Editorial, 1990, pp. 73-74. Linz adjunta un cuadro donde se puede observar que, en el período que va de la finalización de la guerra

Crítica y Arte, *Ideas y Figuras*, puede ofrecer un ejemplo de la multiplicación de horizontes ideológicos disponibles. En efecto, durante los años 1918 y 1919 conviven en sus páginas contribuciones de Ortega y Gasset, Rodó, Rubén Darío, Eugenio D'Ors, Miguel de Unamuno, con artículos de Trostky, Lenin, y otros que saludaban con entusiasmo el primer aniversario de la República de los Soviets. En esas páginas, Rafael Altamira también puede encontrar un espacio para las siguientes sugerencias:

Tal sucede con lo que se ha llamado “la bancarrota del liberalismo”. Es muy frecuente oír, y leer, que el liberalismo, en cuanto dice relación al concepto y al organismo del Estado, ha cumplido su tiempo y está mandado a retirar. La experiencia que de él hemos hecho en un siglo (se dice), exprimiéndole todo el jugo que tenía, es bastante para asegurar que no da para más de sí, y ni resuelve el problema que parecía encargado de resolver. Hay, pues, que buscar cosa nueva, enteramente nueva. Y, sin embargo, lo cierto es que el liberalismo no ha logrado todavía más que imponer a la sociedad lo externo de su programa, lo puramente garantizador, y eso, por lo general, sólo en las leyes, no en la vida.

La práctica es, pues, restaurar el liberalismo y hacerle rendir toda su sustancia.<sup>56</sup>

Altamira resume aquí lo que podemos considerar dos líneas básicas en disputa: aquella en la que se inscriben los que, convencidos de que el orden anterior está agotado, van a dirigirse a explorar nuevas formas de organización política y social; y aquella desde la cual, aun en su intento de proyectarlo en el presente, no podrán evitar dirigirse al orden liberal como perteneciente ya inevitablemente a un pasado, que en todo caso debería ser “restaurado”. En tanto dicho orden aparece ineludiblemente asociado a la idea de progreso, la propuesta de “restaurar” al liberalismo va a revestir toda la apariencia de un gesto anacrónico, que no corresponde a un momento en el cual una y otra vez no deja de proclamarse la caída de ese modelo civilizatorio.

Esto será resaltado por Ortega y Gasset en un programático artículo de 1916: “Nada moderno y muy siglo xx”. Después de afirmar la obligación de “sacudir el polvo de las viejas ideas”, sostiene: “Tal vez se encuentre paradójico que acuse yo de estorbar el avance y la renovación a un siglo que hizo del avance su ideal. ¿Cómo? ¡El siglo del progreso! ¡El siglo de la modernidad...! Y sin embargo, es así”. Allí, tanto el positivismo como la política progresista identificada con la democracia van a aparecer como “extemporáneos”, como convicciones prisioneras de la “mística autoridad de lo moderno”.<sup>57</sup> Es decir, aquí “lo nuevo” aparece a condición de no renegar de cierto espectro de inmodernismo (en tanto “lo moderno” es asociado al

---

hasta mediados de la década del veinte, en gran parte de los países europeos la estabilidad de los sistemas parlamentarios fue muy débil. Algunos ejemplos: en Portugal, entre 1918 y 1926 se suceden 30 gobiernos y 19 primeros ministros; en España, entre 1918 y 1923, 12 gobiernos y 7 primeros ministros; en Italia, entre 1917 y 1922, 7 gobiernos y 5 primeros ministros; en Yugoslavia, entre 1918 y 1929, 12 gobiernos y 7 primeros ministros; en Francia, entre 1917 y 1929, 18 gobiernos y 8 primeros ministros.

<sup>56</sup> Altamira, Rafael, “Pensamientos de Política”, *Ideas y Figuras*, año II, No. 12, Madrid, 11 de enero de 1919, p. 5.

<sup>57</sup> Ortega y Gasset, J., “Nada moderno y muy siglo xx”, *El Espectador*, Madrid, t. I, 1921 (1a. ed.: 1916), pp. 31-32. Interesa esta mención porque la primera visita de Ortega y Gasset a la Argentina –acaecida también en 1916– contribuyó a diseñar las líneas de un cambio de orientación teórica, señalando no sólo las insuficiencias del positivismo, sino también la de toda una tesitura del siglo XIX que tendía a poner en primer plano un “pensamiento del individuo”, exaltando los que eran considerados como los grandes triunfos de aquel siglo: “la industria y la democracia, la política y la riqueza”, Ortega y Gasset, J., *Meditaciones de nuestro tiempo. Las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*, Madrid, FCE, pp. 96-97.

triumfo de los valores de la civilización capitalista y liberal del siglo XIX). Entonces, tal vez podría pensarse que este rechazo al liberalismo, junto a la denuncia de que tanto la vieja universidad como las instituciones burguesas amparadas en el Código Civil parecen haberse convertido en meras formas vacías o en normas anquilosadas que no responden a ningún contenido vital, y la presencia de otros rasgos –tales como la impugnación al individualismo y al escepticismo, en oposición a la afirmación de la necesidad de una creencia desde la cual dirigirse a la acción– conforman tópicos esenciales de esa renovación que se proclama como necesaria, donde “lo nuevo” aparece impregnado de ese “espectro de inmodernismo”.

Ciertamente, los pronunciamientos de estos jóvenes no llegaron a plasmarse en propuestas políticas más concretas: en este sentido, la ambición de esos proyectos contrasta con la visible vaguedad e indefinición que acompaña a estas formulaciones. Sin embargo, pudiera ser relevante rescatar estos posicionamientos desde la perspectiva que se interroga acerca de las imágenes del intelectual que se están tramitando en esta experiencia.

Desde el horizonte abierto por la revolución rusa, estos jóvenes parecen animados por la convicción no sólo de que una transformación radical de las instituciones y de las prácticas sociales es necesaria, sino también de que este fin puede proyectarse a partir de la irrupción de esta “nueva generación” en la vida pública. Este impulso transformador persiste durante la década siguiente, y un ejemplo de ello lo encontramos en el Manifiesto de Alfredo Palacios, preparado con motivo del proyecto de un Congreso Latinoamericano de Intelectuales a realizarse en 1925: se incita allí a forjar una nueva religión, a crear una nueva política, una nueva economía, una nueva estética, para lo cual es necesario “recoger la inspiración del alma popular y dar forma a sus anhelos”, ya que “el germen de esos valores los atesora el alma de nuestra raza”.<sup>58</sup> Podríamos decir entonces que, desde la experiencia de la Reforma Universitaria, estos jóvenes se proyectaron primeramente como aquellos que habrían de encontrar formas nuevas desde las cuales encauzar el contenido de las distintas prácticas sociales, y habrían de hallarlas yendo al cruce de aquel otro actor que no era menos puro por haberse dejado, en ocasiones, conducir hacia la catástrofe: el pueblo.<sup>59</sup>

En lo que respecta a ese anhelo de renovación total sostenido desde el reformismo, es sabido que durante la década del veinte, a través de aquellos “cenáculos y revistas” a los que aludía el Manifiesto de *Proa*, es procesado en una fórmula nueva: la de una renovación que se proyecta sobre el ámbito –más específico– de la cultura. De este modo, cuando en 1925 Carlos Astrada expresa un diagnóstico en el cual denuncia que “un estricto automatismo ha suplantado la iniciativa de la vida espontánea”, ese diagnóstico confía también en una posible “reconstitución de la vida consciente por iniciativa de la inteligencia libre”.<sup>60</sup> Podríamos

<sup>58</sup> Palacios, Alfredo, “La reforma universitaria y el problema americano”, Manifiesto preparado con motivo de un proyecto de Congreso Latinoamericano de Intelectuales a realizarse en Montevideo, 1925, en *La Reforma Universitaria 1918-1958*, cit., pp. 299-302.

<sup>59</sup> El mismo Ripa Alberdi que en 1919 confiaba a otros la tarea de “cabalgar sobre el inquieto lomo popular”, en 1922, en una exposición leída en las Universidades Populares González Prada de Lima, va a sostener que el alma de los pueblos es “siempre pura y justiciera”. En la misma dirección, afirma: “Desde la ciencia positiva que llenó de tristeza al mundo con su intento de matar la libre personalidad humana, hasta la política, que llenó de sangre al mundo en su incapacidad de amor, todo ha conducido a las multitudes por sendas de prejuicios y mares de luchas estériles”. Ripa Alberdi, Héctor, “Por la emancipación futura del brazo y de la inteligencia”, en Cúneo, Dardo (comp.), *La Reforma Universitaria (1918-1930)*, cit., pp. 161-164.

<sup>60</sup> Astrada, Carlos, “La deshumanización de occidente”, en *Sagitario*, año I, No. 2, La Plata, julio-agosto de 1925, pp. 193-209.



tal vez pensar que esa misma “inteligencia libre” unos años antes se asignaba como su tarea propia la reconstitución de un mundo. Por supuesto, se trata sólo de una imagen, pero que subyace como un suelo común a partir del cual pueden convivir en una primera etapa diagnósticos y propuestas encontradas, como la denostación de la actividad política y la propuesta de crear un partido propio. En definitiva, no parece suscitar encendidas polémicas la discusión de si corresponde tal o cual camino, porque da la sensación de que al menos en los primeros momentos todos los caminos pueden ser explorados, todas las propuestas pueden ser enunciadas apenas son concebidas en la imaginación; lo cual en la década del veinte pareciera concentrarse más decididamente en el campo de la cultura: en efecto, podría tal vez sugerirse que la renovación ideológica y estética va a estar montada en los cenáculos de los veinte sobre el imperativo de encontrar *nuevas formas* en las que sea posible plasmar –como dirá Henríquez Ureña– “la expresión genuina a la que aspiramos”.<sup>61</sup>

Más difícil, sin embargo, es rastrear el destino de aquella imagen que alude a la alianza entre el trabajador intelectual y el trabajador manual, entre los intelectuales y el pueblo. Pareciera que durante la década del veinte es sostenida a partir de la proyección del reformismo en el ámbito hispanoamericano: así, la revolución mexicana, por un lado, y la situación peruana, por el otro, contribuirán a reforzar esta imagen del intelectual y del pueblo involucrados en un frente común. Pero tal vez podría ser interesante considerar este tópico desde otra perspectiva: desde el momento en que aparece estrepitosamente invertido, desde el momento en que más bien se torna perceptible el divorcio entre las élites culturales y el pueblo. Carlos Altamirano<sup>62</sup> sitúa la apertura de esta querrela en 1930, a partir de las declaraciones de Ramón Doll en un reportaje sobre la crítica literaria. Ciertamente, habría que pensar si el impacto de esta denuncia o esta acusación –impacto que se extendió por varias décadas en la reflexión de los intelectuales, recorriendo un amplio espectro ideológico– fue tal precisamente porque en ella vendría a estrellarse otra imagen: aquella, forjada durante los primeros años de la Reforma, que insistía en que ese difícil matrimonio estaba a punto de consumarse en cualquier momento. Sin duda, para el treinta, “la dicha de vivir en tiempos tan trascendentales”, que en 1920 –citando a Trotsky– celebraba Deodoro Roca, pertenecía definitivamente al pasado. □

<sup>61</sup> Henríquez Ureña, Pedro, “Caminos de nuestra historia literaria”, en *Valoraciones*, t. III, No. 7, Buenos Aires, septiembre de 1925, pp. 27-32. En este lúcido artículo, el autor comienza preguntándose por la originalidad o el *carácter* de la literatura en América, ante lo cual no omite la referencia al “eclipse de Europa”: “A lo largo del siglo XIX, Europa nos daba lecciones definidas. Así, en política y economía, la doctrina liberal”. A esto opone un presente donde considera que “como de Europa ya no nos viene la luz, nos quedamos a oscuras y dormitamos perezosamente; en instantes de urgencia, obligados a despertar, nos aventuramos a esclarecer nuestros problemas con nuestras escasas luces propias”. Este juicio acerca de las “escasas luces” es explicado en la nota al pie: “Si en la Argentina no dormitara el pensamiento político, si no se viviera todavía –según confesión general– dentro de las normas de Alberdi, las tesis de Lugones habrían sonado poco, a pesar de la alta significación literaria de su autor, y los contradictores sabrían oponerle cosa mejor que la manoseada defensa de la democracia. No olvido a los ‘grupos avanzados’, pero los creo ‘muy siglo XIX’: así los socialistas ganan terreno al viejo modo oportunista; su influencia sobre los conceptos de la multitud es muy corta. Es distinto México: para bien y para mal, allí se piensa furiosamente la política desde 1910, con orientaciones espontáneas”. Este *excursus* por la política aparece como preámbulo a partir del cual se inicia una reflexión acerca de la forma en la que ha de plasmarse la expresión genuinamente americana a la que aspiran “las nuevas generaciones” en el campo de las letras.

<sup>62</sup> Véase Altamirano, Carlos, “Intelectuales y pueblo”, en Altamirano, C. (comp.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999, pp. 314-324.